

EMILIO  
LLEDÓ

# EL SURCO DEL TIEMPO

Premio Nacional de las Letras

Premio Princesa de Asturias de Humanidades



AUSTRAL

## ÍNDICE

Portada

Dedicatoria

Cita

Nota del autor para la presente edición de bolsillo

Prólogo

Introducción

1. El texto
2. Leer el pasado
3. Epámeroi: efímeros

1. Medicina para el recuerdo

1. La escritura de la dóxa
2. El tiempo de las letras
3. El fármaco del aire

2. En el origen de la consciencia

1. «Desde nosotros mismos»
2. Los signos y la memoria
3. Paideía y psyche

3. Las encinas de dodona

1. La oralidad pura
2. «Quién es y de dónde viene»
3. El cauce interior

4. El silencio de las imágenes

1. «Hablar como si pensarán»
2. La orfandad de las letras
3. Escribir en el alma
  
5. Los jardines de adonis
  1. Fructificar en la mente
  2. Interludio sobre los idola
  3. La plenitud de la siembra
  
6. «Textos vivos»
  1. El espacio del lógos
  2. Hacia un horizonte moral
  3. La edad del olvido
  
7. Frutos inmortales
  1. El fundamento del diálogo
  2. El bien y la belleza
  3. El lenguaje estéril
  
8. El futuro de la memoria
  1. Inmortalidad
  2. Eudaimonía
  3. La plegaria a pan

Biografía

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

A Montse,  
voz en mi memoria

Lo que pasó ya falta; lo futuro  
aún no se vive; lo que está presente  
no está, porque es su esencia el movimiento.  
Lo que se ignora es sólo lo seguro.  
Este mundo, república de viento,  
que tiene por monarca un accidente.

GABRIEL BOCÁNGEL

## NOTA DEL AUTOR PARA LA PRESENTE EDICIÓN DE BOLSILLO

Hace ya diez años que escribí este libro en Berlín, una ciudad donde tuve la fortuna de vivir en una época anterior a la caída del muro, y observar, después, el gran acoplamiento de tan diversos mundos como el muro separaba. No sé bien por qué insistí en este tema de la memoria y la escritura que, de alguna forma, ya había planteado en otra publicación; pero es posible que el recuerdo del muro, de la dura caligrafía con la que escribía sus rasgos sobre el plano de la ciudad, me hiciera reflexionar en la necesidad de entender el sentido de esas huellas, que ya han sido definitivamente borradas.

En el Berlín de estos días, donde como en la solitaria, desértica y misteriosa plaza de Potsdam discurría ese muro, se levantan hoy singulares edificios de los más conocidos arquitectos. Ni una sombra, ni un trazo del antiguo paisaje al que ya nos habíamos acostumbrado. Sólo la diseñada alegría de la supuesta postmodernidad en la que, paradójicamente, no hay cita alguna de la inmediata historia. Sólo el más estereotipado presente, el más agresivo deslumbramiento que convierte en escaparate la seguridad de un azaroso triunfo y de sustanciosas ganancias. Sin embargo, esa desaparecida barrera se ha ido levantando imperceptiblemente de nuevo en las cabezas de muchos habitantes del globalizado y vacío imperio. Incluso muros reales, más implacables y tajantes aún que el que señalaban el cemento y las alambradas, establecen nuevas separaciones y marcan con fuego y violencia otras formas de pobreza y riqueza.

za, de barbarie y represión, de manipulación y aturdimiento. Detrás del escurridizo diseño de la sociedad tecnológica, se arrastran los mismos monstruos que estigmatizaban, con heridas distintas, a los seres humanos.

Tal vez sea preciso mantener vivas ciertas experiencias, tener encendida la luz de la historia, para que, como se cuenta en las primeras páginas de este libro, no nos olvidemos de quiénes somos, de qué pasado venimos, y, aunque sea siempre muy problemático y confuso, hacia qué futuro aspiramos. Los compañeros de Ulises, acogidos por los lotófagos, y alimentados con el fruto del árbol del olvido, acabaron sin saber cuál era su destino. Asentados en la dulzura de la desmemoria, también nosotros podríamos, por los destellos de múltiples presentes virtualizados y huecos, enajenar la propia historia sin suponer que el mar que rodea al efímero paraíso está poblado de sirenas y monstruos más engañosos y feroces que los que habitaban el mar de Homero.

Nada más alejado de mis pretensiones que establecer ahora cualquier forma de pesimismo, ni cualquier aviso moralizante y profético. El moralismo que se presenta tantas veces como rostro del humanismo fomenta, también, otras fronteras mucho más abstractas pero mucho más insidiosas que las del antiguo muro. Es posible que para no quedar anclados en el territorio de los lotófagos, encontremos en la palabra y en el lenguaje una excelente embarcación para seguir la ruta, para intentar unir a los seres humanos en fecundos senderos de racionalidad. Un puente formidable para esta empresa son las palabras que —había dicho el filósofo— nos sacan de nuestra monótona y asfixiante soledad. Es cierto que, en estos últimos tiempos, la llamada revolución tecnológica ha amarrado en sus redes buena parte de las formas de comunicación, y podría ejercer, en el corazón mismo de los significados, una operación quirúrgica, un

estiramiento de facciones, en la que desapareciesen las saludables arrugas de la memoria. Los sonidos que emitimos, las palabras que escribimos, vienen de otras experiencias y de otros mundos en los que aún no existían esas posibilidades de escurridizo embellecimiento. El lenguaje se fue alzando desde necesidades parecidas a las que hoy tenemos y en las que latía la experiencia de la vida real e ideal, y de la lucha por dominar el mundo, por entenderlo y, desde luego, por sobrevivir.

Un momento decisivo de esa supervivencia fue el asombroso invento del diálogo y del pensamiento racional. En tiempos muy recientes, la filosofía ha insistido, tal vez con exceso, en esta posibilidad de una ética del consenso. Quizá los frutos de esos ejercicios no hayan sido muy abundantes y, en consecuencia, apuntan hoy otras corrientes que, más o menos de acuerdo con Nietzsche cuyo centenario celebramos, insisten en otros senderos y en otros horizontes. Aunque se levantarán polémicas sobre estos recién alumbrados derroteros, mucho más antiguos todavía que los que anuncian las renovadoras voces, puede ocurrir que el futuro no se vislumbre en absoluto, si no sabemos poner por delante la memoria. Tan arriesgado como vivir desde los presupuestos de la cargada atmósfera humanista es renunciar a las formas de concordia ideal y moral que, paso a paso, a pesar de sus múltiples contradicciones, se han configurado en el curso de los siglos. Los fracasos del denostado humanismo, ¿nos dan derecho a renunciar a algunas de las mejores palabras que lo sustentan? ¿Será más humano y concorde el mundo que surja sin él?

Berlín, octubre de 2000

## PRÓLOGO

Memoria y olvido nacieron juntos en la cultura griega. Recordar y olvidar, vivir y perecer fue una oposición necesaria y constante que marca toda la literatura. La memoria constituyó un inmenso espacio de experiencia, de ejemplo, de aprendizaje y, por supuesto, de escarmiento. El olvido, por el contrario, significó algo parecido a la muerte. Como si en cada latido no quedase otra cosa que el hueco de su ausencia: infinitas sucesiones de un vacío, idéntico siempre a sí mismo e idéntica e insustancialmente repetido. Cada nuevo aliento lo era doblemente. Por un lado, se encarnaba en él la inmediata urgencia de cada presente, de cada renovado presente; pero además, la única energía de esta agobiante sucesión se alzaba desde su absoluta soledad, como si el palpar en el que la existencia consiste no se apoyase ya más en el instante que le precedió. Empezar, pues, y acabar la vida en cada punto entre los que se enhebra el incoloro hilo del tiempo.

La literatura griega expresó de múltiples maneras esta intuición del olvido. En la *Odisea*, se cuenta la llegada de Ulises y sus compañeros a la tierra de los Lotófagos, los comedores de loto. Los viejos navegantes acostumbraron a distinguir los pueblos, cuyas costas alcanzaban, no sólo por el color de la piel, por su forma de guerrear o por sus ritos, sino también por los alimentos que comían. Hay abundantes testimonios literarios de estas dietas que, como la de los elefantófagos que refiere Estrabón, o los ichtiófagos y pitecófagos de Herodoto servían para decirnos de qué gente se trataba. Pero el alimento de estos habitantes del

Mediterráneo, con los que Ulises se tropieza, era algo más delicado: una extraña planta de color rojizo y sabor tan dulce que sirvió para bautizar a sus comedores y, tal vez, para definir su carácter: los Lotófagos. Sin embargo, ningún testimonio antiguo, al menos de los que yo conozco, añade a las supuestas virtudes de esa planta la que el texto homérico destaca. El árbol de loto producía el olvido. Los hombres que Ulises, al desembarcar, envía a explorar el terreno

se encontraron con los Lotófagos que no maquinaron ningún mal para nuestros compañeros, sino que les dieron a comer loto, y el que comía de este fruto, dulce como la miel, ya no quería traernos noticia de nada, ni regresar, y lo que deseaba era quedarse allí con los Lotófagos, comiendo loto y olvidado de su regreso. Pero yo, aunque lloraban, los conduje por fuerza a las cóncavas naves y los até bajo los bancos. Entonces mandé que los demás leales compañeros se apresuraran a embarcar en las veloces naves, no fuera que alguno comiera del loto y se olvidase del regreso.

(IX, 92-102)

Dulzor y olvido fueron, pues, las cualidades que adornaron, en el texto homérico, el alimento de los Lotófagos, y en posteriores historias de viajes marinos siempre encontramos el sueño de algún navegante que prefiere quedarse en puertos donde se ofrezca a su estragado paladar el dulce olvido de la flor de loto.

La historia contemporánea tiene el peligro de convertirse en un inmenso puerto donde se cultiva y vende, no tanto el compacto y ameno fruto de aquellos árboles que endulzaban y alienaban a los felices Lotófagos, sino más bien un desabrido sucedáneo. Basta mirar en torno para descubrir, día a día y bajo sutiles formas, esta creciente invitación a la desmemoria. Una aldea global en la que, sin embargo, sus aldeanos apenas tienen cosas que contarse y que, en ocasiones, se convierte en violencia global también contra

la memoria, en manipulación contra la inteligencia, y donde el horror y la muerte se congela y trivializa en miles de ojos acristalados que reflejan y ofrecen la nueva y vana flor del árbol del olvido. No creo que sean tonos excesivamente apocalípticos el aludir a estos hechos que definen rasgos característicos de nuestros tiempos. Supongo que a nadie, levemente preocupado por eso que se llaman ideas y que pretende ejercer el natural y estimulante sentido crítico, puede haberle pasado desapercibido lo que, como tratamiento de la memoria, ha significado el vidrioso y esterilizado silencio que bañó una de las recientes contiendas bélicas. No es mal tema para sociólogos, comunicólogos y filósofos el indagar las causas verdaderas de ese «inteligente» bombardeo de desnoticias.

Con una deslavazada y agresiva gesticulación que «avisa silencio y amenaza miedo» se levanta, además, en algunos sectores, digamos, intelectuales, un cierto descrédito o malevolencia contra todo el que no esté dispuesto al borrón y cuenta nueva. Lo malo es que, en la matemática de la historia, las cuentas no suelen ser nuevas sino viejísimas y, para colmo, equivocadas. Incluso si parecen bien hechas es porque se ha alterado, excesivamente, el orden de sus factores.

La antigua historia de la doble o triple moral y de la mala fe, que tan certeramente analizaron Kant y Sartre, ha empezado a tener mala prensa. Tal vez porque es hoy cuando se presentan las ocasiones más propicias para, impunemente, practicarlas. Ese lento envilecimiento de la consciencia pretende confundir la realidad con sus esperpentos, y traslada la posible búsqueda de la verdad, de la armonía y de la justicia al territorio de la utilidad avariciosa. Una adecuada tramoya para la asfixiante, aturdidora, palabrería hacia el olvido es también la ridícula y profética fórmula del «fin de la historia». No merece la pena hacer elucubraciones de lo

que pueden significar los principios sobre los que se levanta tan ansiado y jaleado desguace, y el detenerme, aunque fuera muy brevemente, en ello, sería escribir un libro totalmente distinto de las páginas que siguen. Pero no he podido dejar de aludir a ello, porque todo lo que, con mayor o menor fortuna, escribimos o pensamos sale del fondo personal que integra lo que vivimos y miramos, lo que escuchamos y leemos, en definitiva lo que somos. Nada puede escaparse, por muy aséptico que pretendiese ser nuestro discurso, de ese paisaje real o ideal en el que se funden nuestras particulares e insignificantes tareas.

Este libro trata de la memoria y el olvido desde una perspectiva muy simple para tan arduo y complejo problema y, por supuesto, se enmarca en un espacio en el que no ambiciona sino señalar un par de cuestiones, que puedan abrirnos el apetito a algún que otro fruto distinto de aquel que nutría a los Lotófagos. Como en el poema de Brecht, se trata sólo de hacer algunas propuestas, surgidas en el diálogo con la otra memoria, con la irrenunciable y jugosa memoria de los textos. En mi caso, con la memoria de un breve texto con cuyas palabras me he entretenido en estos últimos tiempos y que me llevó, partiendo de él, a hacer un largo acopio de lecturas y trabajo de lo que, afortunadamente para el lector y no sé si desgraciadamente para el autor, apenas queda rastro en estas páginas, aunque, espero, hayan servido para hacer menos insulsas mis reflexiones. De todas formas no renuncio a la idea de utilizar, en otra ocasión, todo ese material que tanto me ha acompañado, tan gratas horas me ha deparado y tantos «recuerdos» me ha traído, en relación con el tiempo y su destino.

El texto de Platón con el que hablo se refiere a la escritura y a la memoria pero en él, como en todo texto que ha logrado superar sus propias y limitadoras circunstancias, se abren aquellas otras posibilidades que, más allá de la parti-

cular historia, se hacen presentes a los ojos de cualquier lector que no esté ahogado por el vital pero siempre efímero aire del instante. Ese más hondo aliento nos permite salir también de los surcos del texto —esos surcos que tan maravillosamente ha labrado la filología— y aventar por otros parajes donde latan las eternas, monótonas pero acuciantes presiones de la vida, de los signos y de sus significados.

Recordar y pensar requiere tiempo y silencio. Ambos me han sido ofrecidos por mi nombramiento como Fellow del Wissenschaftskolleg (Institute for Advanced Study) de Berlín, y por la ayuda de la Alexander von Humboldt Stiftung que, al cerrar el ciclo de su generosidad con el premio que me ha otorgado, ha querido mantener aún presente el recuerdo de la beca que me concedió, hace ya más de treinta años, en mi primera «navegación» a Alemania.

Todo pues, en el fondo, un ejercicio de memoria. Por ello no puedo por menos de mencionar a ese sorprendente, vivo, alegre espacio contra el olvido como es la Staatsbibliothek de Berlín, que el genio de Hans Scharoun levantó frente a su otra gran obra la Philharmonie —memoria también del sonido, del tiempo—, o añorar las horas pasadas en la Universitätsbibliothek de la Freie Universität, o a los competentes y ejemplares colaboradores de la biblioteca del Wissenschaftskolleg, mensajeros inolvidables de la felizmente imperecedera Mnemosyne.

Berlín, septiembre de 1991

## INTRODUCCIÓN

Id poco a poco el paso deteniendo,  
si no puede ser más, siquiera un hora.

GUTIERRE DE CETINA

Y mientras se muda todo  
sólo la mudanza es firme.

GABRIEL BOCÁNGEL

Que contra el tiempo su dureza atreve.

FRANCISCO DE QUEVEDO

### 1. EL TEXTO

Reproduzco a continuación el texto del Fedro de Platón (274c-277a) en el que se cuenta el mito de Theuth y Thamus, y las líneas finales del diálogo donde Sócrates hace su plegaria a Pan (279b-c). Utilizo con pequeñas modificaciones la traducción publicada por mí en el volumen III de los Diálogos (Madrid, Gredos, 19882). Para hacer resaltar más la «soledad» del texto, he prescindido de las notas que acompañan a la mencionada traducción.